



Homilía – Misa de Apertura

Considero una extraordinaria riqueza y una gracia especial del Señor estar reunidos aquí, los hermanos representantes de los diferentes continentes, países y culturas del mundo para revisar, evaluar y orientar (según las indicaciones del Capítulo general del 2009) el caminar en nuestra forma de vida de hermanos menores en lo que se refiera a los valores de Justicia, Paz e Integridad de la creación.

Que sea el impulso del Espíritu que anime nuestros pasos como en los orígenes de nuestra fraternidad. Que sea el Espíritu Santo, que renueva permanentemente la faz de la tierra, que crea y recrea respuestas nuevas a preguntas nuevas. "Sin el Espíritu Santo Dios es lejano, Cristo permanece en el pasado, el Evangelio es la letra muerta, la Iglesia es una simple organización, la autoridad sería dominación, la misión una propaganda, el culto una evocación y el actuar cristiano una moral de esclavos. Pero con la presencia del Espíritu el cosmos es elevado y gime en el parto del Reino. Cristo resucitado es presente, el Evangelio es potencia de vida y la Iglesia significa la comunión trinitaria"; (Obispo ortodoxo Ignacio Lattaquié).

Al celebrar el VIII centenario de la Orden, recordamos los impulsos del Espíritu en la historia de la presencia Franciscana en América Latina. Los historiadores están descubriendo cada vez más la singularidad del espíritu misionero franciscano en nuestro continente, especialmente en las misiones de la periferia, donde establecían "pueblos" y reducciones en las que procuraban recoger todo lo más posible de las raíces indígenas. Los indígenas apreciaban a los frailes porque eran pobres e iban descalzos como ellos y comían como ellos. Quedaban fascinados por su carisma de benevolencia, ternura, jovialidad, fraternidad. El carisma franciscano penetró en el alma latinoamericana.

La preocupación permanente de los misioneros fue la de anunciar la bondad de Dios, preservando la dignidad de las personas, como hijos suyos y, especialmente, la de aquellos individuos o grupos que por su condición económica, cultural o de otra índole, estaban marginados o excluidos de la sociedad.

El gran pintor mexicano José Clemente Orozco, que tenía una capacidad extraordinaria para meter la historia de un siglo en un mural o en un lienzo, mostrando horrores y esperanzas, comprendió la historia de la presencia y misión de los franciscanos en sólo dos figuras: un fraile y un indio abrazados. Encuentro, respeto, ternura, solidaridad, opción clara y concreta por el "más pequeño de los hermanos" del Señor.

De esta manera los valores de Justicia y Paz han estado siempre presente en la historia de los hermanos menores en América Latina.

Y si Francisco de Asís viniera hoy a América Latina, además de llamar a la pobreza "la dama pobreza, también le llamaría a la justicia la "dama justicia". Lo que jamás aceptaría es llamar a la miseria en que se debaten el 40% de los latinoamericanos la "dama miseria". Uno de los grandes profetas del siglo pasado, Mons. Helder Cámara dice en su autobiografía: "Cuando doy limosna a los pobres, los poderosos me llaman el "obispo santo"; pero cuando denuncié las causas que producen la pobreza me llaman el "obispo rojo". Los santos padres escribieron muchísimas páginas acerca de la propiedad privada, sobre como se ha gestado la riqueza de unos pocos y sobre la manera injusta de administrar los bienes de la tierra.

En el mundo hay ricos porque hay pobres y viceversa.

La riqueza de unos es la causa de la pobreza de la inmensa mayoría de la humanidad.

Francisco leyó los Evangelios a partir de su experiencia con los pobres y leprosos de Asís, que le abrían la perspectiva de un Jesús pobre y crucificado. No debemos olvidar que, antes de que le hablara el Cristo de San Damián, Francisco había abrazado al leproso viendo en él a Cristo. Francisco no se preocupó de organizar ninguna obra de beneficencia para los pobres. El se hizo uno de ellos. Los liberó conviviendo, tocando su piel, comiendo con ellos, repartiendo su compasión. El pobre había sido marginado y excluido de la convivencia humana. Francisco se hace hermano de ellos, devolviéndoles lo más esencial para la persona humana: la dignidad.

Si Francisco de Asís viniera hoy a A. Latina, entonarí­a el Cántico de las criaturas, pero añadiría algunas estrofas más para las dos terceras partes del continente y les diría: "Tú eres una criatura, hombre del Tercer Mundo. Tú no eres una sub-criatura. Por la voluntad expresa de Dios, tú eres su hijo, tú eres hermano de todos los hombres y mujeres de la tierra y eres co-creador".

La propia Iglesia, al hacer una opción por los pobres, se dice así misma que debe imitar a Jesús pobre y hacerse más y más una iglesia pobre, una Iglesia para los pobres, una Iglesia a partir de los pobres. El Papa Benedicto dijo en la introducción a la Conferencia de Aparecida: "La opción por los pobres tiene una dimensión cristológica, de modo que Cristo y el pobre son inseparables".

Optar por los pobres es optar por su causa, por su perspectiva, por sus intereses; será escoger el lugar sociológico de los pobres y mirar la vida, la sociedad, la historia, la libertad desde el lugar de los pobres, en función de sus intereses de cambio de sociedad y no en función del mantenimiento del sistema que apoya a los privilegiados. No se trata de evangelizar a los pobres, sino de evangelizar a todos desde los pobres.

Mons. Manuel solía decir siempre:

"Donde pusimos PAZ pongamos PAN. Una fe de erratas también puede mover montañas. Que nadie sepa si come pan o come paz. Que todos coman su pan en paz.

Que el niño traiga cinco panes y dos peces y hagamos la multiplicación.

"Que te importa, hombre, perder tu arma si ganas el mundo entero?" Así decía nuestro hno. Manuel Eguiguren.

Otro aspecto importante, es el de la salvaguarda de la creación.

Si Francisco volviera a America Latina condenaría las multinacionales y sus productos químicos y radioactivos que destrozan los bosques y contaminan las vidas y los ríos y el aire.

Asís era una ciudad luminosamente humana: alma, paisaje, piedra. Y Francisco la bendijo antes de morir como se bendice el vientre de una madre. Salvar la madre tierra, la hermana agua de los ríos y lagunas, las selvas milenarias, la atmósfera, el medioambiente. Salvar las especies de las plantas y animales tan amenazadas, es salvar la más amenazada de las especies: la especie humana. Una tarea formidable para todos, para Justicia y Paz, para las pequeñas fraternidades de toda la familia franciscana.

En nuestra Provincia Misionera San Antonio en Bolivia podríamos afirmar que hay una sensibilidad por Justicia y Paz y la Integridad de la Creación; mas acentuada en unos que en otros, pero siempre se ha insistido que esta preocupación tiene que **ser una opción transversal** para todo franciscano. No todos podemos trabajar directamente en la comisión de justicia y paz; pero ciertamente que todos tenemos que vibrar por todo lo que se juega en dicha comisión. Como valores transversales, la preocupación por la justicia y la paz debe ser como el telón de fondo al que siempre tenemos que mirar, hagamos lo que hagamos, estemos donde estemos. Son como ideas fuerzas que deben estar presente en nuestra mente y en nuestro corazón. El franciscano ya sea párroco, formador, educador, estudiante, cocinero o guardián, siempre, siempre tiene que transversalizar los valores franciscanos como justicia y paz, la fraternidad y minoridad, el espíritu misionero, la contemplación, la opción por los pobres, la inculturación. Un ideal muy grande que requiere una disponibilidad creciente y permanente de conversión. Nuestro mayor riesgo será siempre: conformarnos con pertenecer al "común de confesores".

Para expresar de forma integral el carisma franciscano nada mas interesante que lo que cuenta un autor anónimo cuando Francisco se presentó ante el Papa para pedirle la aprobación de la Regla.

El Papa mirándole fijamente le dice a Francisco:

"Yo soy infalible, tú andas rozando la herejía.

Yo soy el Papa, tú eres el pobre.

Yo soy la ley, el canon, la rúbrica; tú eres la libertad, el espíritu, la oración.

Yo soy autoridad, poder, dominio; tú eres obediencia, pobreza, impotencia.

Yo soy el tronco; tú eres el brote tierno.

Yo soy la jerarquía; tú eres el carisma.

Yo soy el vaso, tú el agua. Sin mí te derramas sin sentido; sin ti yo sería un cuento vacío. La iglesia se sostiene por mí, pero vive por ti, por todos los que en espíritu son como tú. Tú y yo somos Iglesia entera. No te voy a dar ninguna bula pontificia de aprobación. Quiero que la pobreza sea tu única coraza. Reza para que yo sea, bajo mi autoridad, un pobre de Dios. Como debes de ser tú y todos los cristianos. Ay de ti si no te acuerdas de mí y ay de mí, si no me acuerdo de ti. Ahora vete en paz. Te bendigo".

